

# EPISTEMOLOGÍA DE LA CIENCIA POLÍTICA (HACIA UNA FENOMENOLOGÍA DE LO POLÍTICO COMO DESMITIFICACIÓN DE LOS CONCEPTOS PUROS)

*Daniel E. Herrendorf*

*Sumario: I. Exordio; II. El aburrido tema de siempre; III. Un viaje fuera de la realidad; IV. La filosófica inhumanidad; V. Cómo explicarlo todo; VI. El extraño asunto de las escuelas científicas; VII. La burocratización del filósofo; VIII. La burocratización del lenguaje; IX. Conclusiones.*

## I. EXORDIO

Éste es un ensayo sobre temas relativos a la filosofía de la ciencia política. Por razones muy peculiares que se comprenderán en el texto, el análisis de esos temas fue considerado desde una perspectiva científica particular: la perspectiva egológica.

Como es sabido, la egología es una escuela iusfilosófica originada en las meditaciones epistemológicas del profesor argentino Carlos Cossio. En grandes rasgos, las ciencias sociales aparecen ahí incardinadas con la metodología fenomenológica y existencialista de la investigación; en esa circunstancia, esas ciencias –y en este caso la ciencia política– se encuentran inmersas en la existencia social, como objeto visible del conocimiento. El *prius* de estas investigaciones estará, por tanto, en la conducta adecuada de los científicos y en la conducta de los miembros de la sociedad en su conjunto, con lo que las concepciones estructurales y sistemáticas, la logística y el neocriticismo, la deóntica y la semántica, aparecen como simples complicaciones académicas.

Diremos, en definitiva, que para los fines de este artículo la ciencia política es entendida como ciencia de la conducta humana, considerando las diversas relaciones recíprocas entre los sujetos de la sociedad. Es decir, que la ciencia política vendría a poner a discusión asuntos relativos a la convivencia social, el entendimiento societario, la fenomenación de la persona a través de su conducta y el proyecto existencial que encaran las sociedades a partir de un orden jurídico determinado<sup>1</sup>. Con esto se quiere decir, de modo preliminar, que la ciencia política tiene una dimensión mayor que la que usualmente le adjudican los juristas y los politólogos. Esto justifica que se le considere como punto de partida para estudiar algunos asuntos epistemológicos.

## II. EL: ABURRIDO TEMA DE SIEMPRE

La mayoría de los epistemólogos suelen ser solemnes y conservadores. Por ello no pocos profesores universitarios adquieren el salubre hábito de evitar los tratados y artículos de aquéllos para no tener que oscurecer tantos fines de semana leyendo ideaciones inconcretas. Sin embargo, este tipo de trabajos siguen manteniendo su vigencia porque los críticos están siempre temerosos de hallarse ante Martín Heidegger. Así, los trabajos sobre la materia suelen quedar restringidos a la circulación académica, escritos y leídos únicamente por especialistas adiestrados en publicar materiales que nacen y mueren en el papel.

En las sociedades modernas, los científicos han caído en un descrédito inmenso; el prototipo social científico es el de un individuo fatigado en formalismos y ejercitado en la gimnasia de la seriedad fingida. Todo esto es muy incómodo para la sociedad de hoy, agitada por vitalidades nuevas, pues ve en la comunidad científica a un grupo

---

<sup>1</sup> Ésta es la tesis fundamental de la teoría egológica del derecho desarrollada por el profesor Carlos Cossio. Puede verse de este autor, **Radiografía de la teoría egológica del derecho**, con una «Introducción a la fenomenología egológica» de mi autoría. Buenos Aires, Ed. De Palma, 1987.

entrenado en repetir cánones más o menos aprendidos, completamente desprovistos de creatividad e imaginación; la burocratización de la ciencia la convirtió en la negación social del ingenio, la vitalidad y la espontaneidad.

Por otro lado, la ciencia ha ganado fama de asunto aburridamente serio. Es muy raro encontrar en los ambientes académicos tradicionales a científicos aficionados por la danza moderna, el surrealismo o el *hot jazz*, salvo como entrenamiento de fin de semana que conviene ocultar a los demás; por esa razón, los jóvenes investigadores que desean ser aceptados en la comunidad se ven obligados a limar su personalidad hasta deshumanizarla lo suficiente para parecer verdaderos científicos.

A la filosofía le ocurre más o menos lo mismo, con la diferencia sustancial de que filosofar es una tarea tan grave que nadie se anima a decir que lo hace por miedo a reprimendas. Basta con que un autor se reconozca a sí mismo como filósofo para que un gran número de intelectuales se niegue a complicarse en su lectura; hasta hay articulistas que en homenaje a una humildad muy extraña niegan ser intelectuales (claro que etimológicamente «intelectual» significa «que entiende», por lo que cuando alguien se jacta de no serlo dice, a veces, algo completamente cierto). Este intento por sacarse de encima a la filosofía, por parte de muchos miembros de la comunidad científica, ha logrado que los filósofos no se animen a filosofar sin ofrecer antes disculpas.

García Morente, acechado por realistas, se sintió obligado a publicar en un diario de Buenos Aires un artículo llamado «Para qué sirve la filosofía», con la finalidad de dejar en claro, de una vez por todas, que no sirve para nada, porque no puede concebirse su utilidad con los mismos criterios para valorar un artículo electrodoméstico.

Pero, ¿por qué tanta gente tiene la desgraciada sensación de que la filosofía es un verdadero andar en las nubes?

### **III. UN VIAJE FUERA DE LA REALIDAD**

Ciertos procedimientos de la filosofía de la ciencia y, en nuestro caso, de la filosofía de la ciencia política, resultan realmente curiosos. Al descubrir su retraso respecto a la realidad científica, en vez de ir directamente a la realidad de esas ciencias para familiarizarse con su nuevo comportamiento. Se aleja de ella con nuevas abstracciones en un fallido intento por comprender lo que se le ha ido de las manos. Naturalmente, sería mucho más provechoso que los investigadores que pretenden que la filosofía se familiarice con la ciencia política, discriminen lo que realmente pasa en esa ciencia en vez de dedicarse a la investigación de lenguajes, criptogramas, hermenéutica y otras amenidades.

En cierto sentido, la logística tiene bien grabado el título de ser la más inútil complicación que han conocido las ciencias sociales, que también comprenden asuntos ontológicos, axiológicos, metodológicos e ideológicos, que prolijamente se ignoran.

Las ideas semánticas y analíticas han resultado en la práctica sofisticaciones teóricas, y en algunos casos jactancias académicas de universitarios imposibilitados de ver más allá de las paredes de sus despachos. Es curioso advertir cómo estos teóricos rivalizan en complejidad, en la búsqueda del premio académico, y en total desmedro del entendimiento que la comunidad científica se debe a sí misma. Esta deformación de la función de la filosofía de la ciencia política tiene que ver con el papel de la razón en el proceso del conocimiento.

### **IV. LA FILOSÓFICA INHUMANIDAD**

La anatomía de la teoría del conocimiento político muestra a la filosofía en niveles de abstracción cada vez más innecesarios; se han buscado nexos conceptuales inútilmente complejos, y cuya aprehensión resulta difícil. Todo esto parte del prejuicio filosófico, característico de nuestro siglo, que sostiene que todo debe ser trasladado al

terreno de las ideas, cuando existen mejores opciones para abordar un problema filosófico que el tradicional intercambio de opiniones, publicaciones en revistas internacionales y demás expresiones clásicas.

Esto era bien conocido en la antigüedad, época en la que los filósofos y científicos eran tomados por la sociedad como individuos propiamente humanos que pensaban, amaban, juzgaban, sentían, repudiaban. Eran casi de carne y hueso. En esa época la filosofía estaba ligada al arte y la mitología, porque el pensamiento, la creatividad y la fantasía eran procesos cognoscentes equiparables.

Los griegos se cuidaron muy bien del intelectualismo. Platón utilizaba un lenguaje simbólico y el diálogo (**Filebo**, 23 b); se resistía a utilizar un lenguaje complicado (**Teeteto**, 184 c). Por el contrario, los filósofos en la actualidad se jactan de contar con un lenguaje muy complejo, como si contar con un lenguaje para uso doméstico, y otro, para estimular la comprensión de unos pocos, fuera realmente un mérito.

La historia de las ciencias registra abundantes ejemplos de desvitalización. Los científicos tienden a abstracciones cada vez más ajenas a los fines de la ciencia, como las instituciones tienden a la burocracia y los políticos a la corrupción.

Por ejemplo, en 1983, los grupos norteamericanos más representativos del movimiento ecológico pidieron a algunos intelectuales que escribieran sobre «las repercusiones ecológicas de los debates más recientes en teoría de la ciencia». Véase como el movimiento ecológico, que en la década del sesenta se ocupaba de asuntos muy concretos y actuaba puntualmente sobre problemas específicos, se ve trabado por circunstancias tan triviales como repercusiones académicas, debates sobre teorías, discusiones universitarias, etcétera. El riesgo de convertirse en un dinosaurio académico está, evidentemente, en todas partes.

Hay una segunda cuestión relativa a la complejidad y abstracción que los científicos emplean en sus ciencias, seguramente en busca de dinero y reputación. Es la siguiente: cuando mayor es el grado de abstracción del lenguaje de los científicos, menor es la cantidad de colegas dispuestos a entenderlos y a disputarles su puesto de honor; ni hablar de los profanos de la ciencia, que por interesados que se muestren no se encuentran ya en condiciones de entender nada. Además, hablar en un lenguaje nuevo inmuniza contra los furcios y los saltos lógicos que son más difíciles de advertir. Asimismo, en lenguaje simbólico puede enunciarse la más absoluta perogrullada como si fuera la más novedosa, o expresar cualquier trivialidad, que resultará reforzada por la solemnidad con que se formule.

Pero lo más preocupante es el elitismo que esto significa ante la comunidad científica, y ante la sociedad en general. Los filósofos de la ciencia y los científicos tienden a acostumbrar a la sociedad a que debe escuchar a ellos ineludiblemente; a ellos, que son los únicos que han adquirido autorización para pronunciar cosas ciertas. Esto en grandes sectores de la psicoterapia, el derecho y la medicina no es más que un negocio, y muchas veces una estafa. Lo cierto es que esta mala costumbre dio origen a un elitismo científico peligroso, y la ciencia resultó un conjunto de conocimientos autoritariamente dispuestos sobre la realidad y para ella, independientemente de los hombres que viven esa realidad, porque es la realidad de ellos, y por lo tanto, la que ellos viven con existencialidad inmanente.

El contenido antidemocrático de dichos procedimientos resulta evidente. Del mismo modo en que los médicos suelen no dar opciones a sus pacientes, a veces sometiéndolos a vejámenes horribles por razones comerciales; los juristas y politólogos se sienten tentados por someter a la sociedad a un sistema de verdades «científicas» que no es menester de los ciudadanos discutir. Están obligados a inclinarse ante ellas sólo porque no hablan la jerga intelectualizada de los científicos y no cuentan con el arsenal simbólico necesario para descodificar ese inútil esperanto, cuando tan bien suenan las verdades, por ejemplo, en español.

Naturalmente, hay mucha ideología en todo esto, y alguna vez habrá que hablar de ello.

Tal vez en la Argentina coincida esta situación con el hecho de que no existan juicios por jurados –que ejercitan grandemente a la población en el aprendizaje del derecho y estimulan la conciencia jurídica– a pesar de que se trata de un principio con rango constitucional. Se da así la circunstancia paradójica de que los hombres y las mujeres que padecen las injusticias y gozan de derechos están en la situación de no poder dar opinión cierta sobre la vida jurídica que ellos protagonizan –es decir, sobre la vida de ellos– porque aquella está lo suficientemente «tecnificada» como para que nadie, que no sea un especialista, pueda decir una palabra

El gobierno de los gestores, los apoderados, los representantes y los asesores sobre la vida jurídica –que es vida humana viviente– se ha convertido en negocio estupendo que jamás los «científicos» de la ciencia política permitirían que se derrumbe sin arrojar antes algunos cañonazos.

Esto pugna también con los principios elementales de la democracia, pues pone en duda la capacidad del pueblo de gobernarse y darse normas. Los legisladores legislarían no en virtud de la representación que han adquirido a través del sufragio, sino porque, en teoría, serían los únicos capacitados para normar la vida social; para decirle a la comunidad, en suma cómo tiene que vivir. El pueblo, entre tanto, invierte fortunas en mantener a sus representantes, asegurarles una vida cómoda y rodearlos de asesores y técnicos, que son los que habitualmente trabajan mientras el representante se ocupa de representar. Es algo así como «el regreso del actor» de Alain Touraine, pero mucho más cínico <sup>2</sup>. La teoría de la representación sería entonces una excusa que sirve en la práctica para imputar a los representados los actos de los representantes, que no siempre benefician a aquéllos.

---

<sup>2</sup> **El regreso del actor**. EUDEBA, Buenos Aires. 1980.

Con certeza señaló Burdeau que la representación es en verdad un juego, un espejismo, un reflejo especular por el cual los representantes «juegan» a que actúan en nombre de sus representados y los representados tratan de sentir que los representantes hacen algo por ellos. Claro que hay gente que no quiere jugar a esta curiosa ruleta, y se siente un poco inconforme, pero ello es otro asunto.

## V. CÓMO EXPLICARLO TODO

Existe asimismo un espejismo de suficiencia que los científicos padecen habitualmente. De la misma manera que no existen grupos de control para determinar si la medicina científica es más eficiente para curar el cáncer que la homeopatía o la acupuntura, tampoco hay sistema de control para averiguar si los laberintos lógicos de los teóricos de la ciencia política tienen algún correlato con la vida real. Esto hace que los científicos crean en sus propias abstracciones porque están bien construidas, porque tienen una estructura lógica y porque justifican sus sueldos de investigadores.

Es así como a la ciencia política suele parecerle completamente razonable que unas cuantas estructuras lógicas traten de explicar todos los problemas de la ciencia, evitando, inclusive, cualquier comprobación posterior.

La conducta humana es el objeto de estudio del politólogo (la concreta conducta humana de los individuos que de alguna manera se comportan), como las plantas lo son del botánico. En este sentido, la vida política es mucho más interesante que el objeto de estudio de cualquier otra disciplina. Se supone que el politólogo no debería atenerse a un solo modo de concebir los procesos políticos, sino que debiera multiplicar sus actitudes, en vez de limar incansablemente su lógica. Como decía el científico Bohr: «Usted no piensa, es simplemente lógico».

Así proceden, por ejemplo, los departamentos de investigaciones del *London School of Economics*: elaboran una serie de cálculos,

construyen con ellos una estructura lógica y luego dicen: «Bueno, ahora vamos a tratar de encontrar en la realidad algo que coincida con esto». Jamás han escuchado la sugerencia fenomenológica (no es únicamente una sugerencia) de ir a las cosas mismas porque sólo en ellas se halla la realidad de la ciencia; ni aquella otra, fenomenológica también, de que todo juicio debe decir algo acerca de algo real, existente, concreta. (Éste fue el modo en que Husserl resolvió dos siglos de inútiles revoloteos filosóficos: con un cambio brusco en la manera de pensar). Naturalmente, a esos investigadores no les interesa mucho lo que realmente le ocurre a la realidad con los conceptos aplicados en ella.

A Louis Pasteur le ocurría que le asaltaban temores de inutilidad, y en esos trances decía que si alguna vez las investigaciones médicas restaban tiempo a los médicos para curar hombres de carne y hueso, debían dejar de investigar. «Sucede –afirmaba– que los médicos curan, tienen que curar». Pasteur sabía, como Einstein, que muchos descubrimientos son fruto del azar, del error o de algún suceso ocasional. «Mi método –señalaba Einstein– es ocasional: una verdadera teoría del azar, es decir, ninguna teoría». Lo contrario puede equivaler a haber entendido la historia de las ciencias en forma equívoca. Ella está llena de errores, de contradicciones, de saltos lógicos.

## **VI. EL EXTRAÑO ASUNTO DE LAS ESCUELAS CIENTÍFICAS**

El error científico depende de la situación categorial de los conceptos que el científico maneje. Por ejemplo, los geómetras juegan con ideas, piensan con ideas, pero no pueden mostrar ideas. Lo que muestran son representaciones en las cuales la experiencia no interviene para nada.

Un geómetra habla de triángulos. Pero ¿de qué habla precisamente? ¿De un trazo de tres rectas hecho con tiza en una pizarra, de un

dibujo en la tierra, de una figura triangular cualquiera? Nada de eso. El triángulo no está en ninguna parte. A su extraño modo, no existe. Cualquier intento por construir «el triángulo», un puro triángulo, es falaz: alguna imperfección tendrá. El triángulo del geómetra no dejara de ser una representación, una categoría.

Del mismo modo, no tenemos experiencia del teorema de Pitágoras, ni Pitágoras tuvo experiencia de su teorema. No se puede vivir la realidad empírica del cuadrado de la hipotenusa de la misma manera en que se vive una norma jurídica. A lo mejor, la suma de los ángulos internos de un triángulo no es igual a 180 grados, sino a 179.9. La diferencia entre 180 y 179.9 es que la geometría sea euclídeana o no.

Si un geómetra se ajusta a las perspectivas de una escuela, puede hacer ciertas afirmaciones con toda verdad, y otro geómetra puede decir lo contrario con la misma certeza, pero desde otra escuela.

Lo más grave respecto de las escuelas científicas es que sus líderes han adquirido la devoción de querer asesinarse entre sí, más o menos inspirados en esa idea de Óscar Wilde de llegar con los principios hasta la horca, que viene a ser el final de los principios. En ciencias sociales esto es todavía más peligroso. Y ocurre así porque la comunidad científica es menos escrupulosa que en ciencias exactas y naturales. Además sus principios son más elásticos y es muy fácil (y a veces más conveniente) romper con una escuela y poner otra enfrente con un cartel más grande. Una escuela, digámoslo así, más taquillera. Respecto de esta feroz competencia que desatan los científicos escribió Robert Merton:

La organización de la ciencia actúa como un sistema de vigilancia institucionalizada que incluye reacciones de cooperación determinadas por la competencia. Existe la obligación, y la consiguiente recompensa, de descubrir los errores de los otros, de detectar en qué punto se han detenido sin haber rastreado hasta el final las implicaciones de su trabajo o donde han pasado por alto algunas cosas que, sin embargo, pueden ser percibidas por la mirada menos desgastada de algún otro. En un sistema así, los científicos están constantemente preparados para desmenuzar y evaluar toda tesis científica

nueva. Este incesante intercambio de valoraciones críticas (que suele convertirse en algo verdaderamente sucio), de alabanza y castigo, se desarrolla en la ciencia hasta tal punto que, comparado con el control de un niño por parte de sus padres, representa un auténtico juego.

En general, el comportamiento de la comunidad científica suele ser más importante que lo pasa en la ciencia, siempre que la ciencia no es posible sin científicos que se comporten de alguna manera.

Kuhn <sup>3</sup> dice que las ciencias sociales están en su prehistoria porque sobre sale la individualidad: cada cual tiene sus ideas, maneja sus propios conceptos, sus teorías, sus valoraciones. Son como pequeñas escuelas, la mayoría de ellas ágrafas. Cada uno trata de convencer al otro: el noventa por ciento del discurso científico es epistemológico; se trata de convencer a otros respecto del propio método.

La prehistoria se acaba cuando llega un genio a la comunidad. Entonces comienza la etapa del logro, la etapa de Galileo, de Newton, de Einstein. En este momento crucial de la cíclica historia de la ciencia aparecen libros, artículos «verdaderos»; la comunidad científica se siente verdaderamente eufórica y entusiasmada. Se sienten zambullidos en la historia de la ciencia, en la gran historia.

Enseguida, los científicos se pasan del lado del logro. Este logro produce una quiebra epistemológica que es, por ejemplo, un gran descubrimiento que se produce más allá de donde los científicos estaban mirando y esperaban ver algo, estableciendo una lógica distinta a la que venía usándose hasta el momento. Toda la lógica de las investigaciones anteriores al «gran descubrimiento» queda archivada; todos se anotan ahora con el adelantado. Los científicos se divorcian de sus teorías para convertirse a la teoría verdadera; abjuran de sus ideas y se incorporan a la que tiene éxito y consenso. Los que no se convierten quedan realmente fuera de la historia. No aparecen ni en los diccionarios. Esto funciona así hasta que se muere el último opositor.

---

<sup>3</sup> Kuhn, T.S., **Estructura de las revoluciones científicas**. Fondo de Cultura Económica, México, 1980.

Lo anterior produce una total hegemonía y homogeneidad en la comunidad científica: hay consenso. El logro que los une se convierte en un «estilo guía» de su actividad. Cada uno, por ejemplo, adoptó el estilo de Newton: usaban sus instrumentos de medición, sus teorías, etcétera. Es así como el logro se convierte en paradigma. ¿Cuál es la ventaja? El ejército de científicos adopta una sola estrategia, se mueve unidireccionalmente; entonces se ponen a discutir bizantinamente el porqué están todos de acuerdo. Por ahora nadie puede contrastar el paradigma.

El paradigma es una manera de ver la realidad. Ante una piedra sujeta por un hilo, Aristóteles hubiera dicho: un objeto que no puede moverse libremente; en cambio, Galileo hubiera afirmado: he ahí un péndulo. Cada cual maneja su paradigma. Si el paradigma funciona, los científicos se ajustan a él y en última instancia ajustan el paradigma, pero no lo contrastan.

Esto continúa hasta que aparece una anomalía: algo choca con el paradigma, o algún problema no se puede resolver. Según Karl Popper en este caso habría refutación. Pero Kuhn dice que no, dice que los científicos proceden así: no ven la dificultad, no ven esa anomalía. No porque no quieran verla –en realidad tampoco quieren verla–, sino simplemente porque no la ven, porque nadie está en condiciones de pensar que el paradigma pueda tener fisuras. Siguen adelante, cerrando los ojos.

Nadie ve una dificultad si no quiere verla, si no está dispuesto a verla, hasta que algún temario nota una extrañeza, un abrojo, un principio de error; junta ánimo y vergonzosamente plantea la anomalía que creyó ver. En ese momento, los demás hacen todo lo posible para tritararlo cuanto antes. La experiencia en psicología, por ejemplo, es patética: alguien señala una anomalía y lo tratan inmediatamente de psicópata.

Así, la ciencia no avanza jamás, o, al menos, tarda mucho. Pero es inevitable que cuando una anomalía es nueva, todos la nieguen; y si

hay consenso en negarla pueden pasar algunos lustros y ese error de gran circulación hecha raíces y se instala cómodamente; así funcionan las ideologías científicas y algunas duran siglos.

La comunidad se desorganiza, se quiebra, se confunde. Cada cual inventa algo nuevo con la esperanza de ser el taumaturgo que resuelva la crisis. Surgen los falsos guías, los oportunistas, los advenedizos. Así, hasta que aparece nuevamente un genio y se repite la historia.

## **VII. LA BUROCRATIZACIÓN DEL FILÓSOFO**

En todo este proceso se advierte una circunstancia: lo que se llama «evolución científica» no es más que una quiebra, una ruptura de la lógica antecedente.

El genio, al instalar su descubrimiento en un nuevo plano de la ciencia, rechaza la lógica usual, y de ahí proviene su genialidad. Esto sugiere que el progreso de la ciencia no se produce solamente con una escrupulosa insistencia sobre los métodos y sistemas usuales, sino justamente con su rutina. Es por esto que resulta un poco desalentador el espectáculo de científicos acopiando modas lógicas y metodológicas de decir las mismas cosas en otra jerga, tratando de sumar verdades a la ciencia. Aquí va también adosado el perjuicio científico de que no puede pensarse más que lógicamente, y que sólo resulta provechoso un sistema metódico de expresión de ideas coherentemente ordenadas.

Naturalmente, si el límite del modo de pensar de los científicos está en los conceptos puros, es difícil que lleguen muy lejos. Inclusive el uso del lenguaje en forma excluyente –es decir, como único medio de representar ideas–, –hizo de la epistemología la disciplina de la palabra pura.

Los antiguos sabían –como algunas sociedades actuales escasamente industrializadas– que hay muchos modos de conocer, y que la

ciencia es parte de una ideología abundante donde también intervienen la música, el teatro, la filosofía, la medicina, la religión, la educación y actividades aún más elementales. El modo que tienen las sociedades de concebir las ciencias coincide necesariamente con su modo de bailar, de dramatizar, de amar, de emocionarse. El conocimiento tiene que ver con todas esas actividades.

En la medida en que las ciencias han de servir para colaborar con el hombre, tienen que crecer acorde con él, con sus pesares, con sus creencias, con vivencias más simples. No es casual que Esparta, un pueblo belicoso, cruel, cuyas madres enviaban con regocijo a sus hijos a la guerra porque se honraban en verlos morir en el campo de batalla, no haya legado a la humanidad ni un gramo de ciencia y ningún arte. Ni tampoco es azar que Grecia, que dio a sus dioses forma humana, que civilizó a otros pueblos, que sembraba y cultivaba, haya puesto la primera piedra de la cultura occidental<sup>4</sup>. Que la cultura occidental se caracterice en el siglo XX por el terrorismo intelectual y la estética de la mugre –según el inefable pronóstico de José Isaacson– es otro problema.

Es posible que muchos científicos profesionales no hayan querido sacar la cabeza del laboratorio, porque gozan de los beneficios de haberse convertido en un equipo de burócratas de los conceptos: los administran y los ordenan, los exponen y los explican, y no los usan para nada, pero cobran por ellos.

Este proceso de institucionalización del conocimiento a través de diferentes modos de burocratización académica, estandarizó los problemas filosóficos, los mediatizó, y ofreció a los pensadores una serie de argumentos usuales a partir de los cuales sustituyeron el diálogo, el simbolismo, la emoción y la representación por el comunicado, que es la forma más autoritaria de la comunicación. Prefieren el desarrollo unidireccional de sus ideas a través de clases magistrales y avalanchas de páginas impresas.

---

<sup>4</sup> Isaacson, José, «Industria cultural y medios de comunicación», en **La Nación**, Buenos Aires, 24 de febrero de 1988.

Parece que la intención fue lograr la creación de un gran sistema conceptual que sirviera para explicar toda la realidad.

Los profesionales de la epistemología se refugiaron en distintas instituciones que los acogieron y les dieron ciertas jerarquías. A partir de esos «*bunkers*» del pensamiento válido, la filosofía se desgajó en diversas disciplinas, cada una con sus problemas específicos, pero sin ninguna relación entre ellas.

La historia del conocimiento muestra cómo, de algún modo, el desmejoramiento y la decrepitud de la filosofía es directamente proporcional a la institucionalización de sus promotores. Es la misma tarea de la que nos previene la Ley de Parckinson: «el tamaño y el desarrollo de una institución es completamente independientemente del objetivo que la guía». Los estudios de Galileo, por ejemplo, son resultado de una mezcla de ideas filosóficas, físicas, matemáticas, astronómicas, y no hay por esto falta de conexión en sus desarrollos. En su época –y sucedió por muchos años–, la filosofía estaba muy familiarizada con los problemas concretos de la ciencia y con la realidad que a ella le preocupaba. Su papel era activo, eficaz. Paulatinamente, con el nacimiento de los filósofos universitarios, los departamentos de investigaciones, las subvenciones y los becarios, la función crítica de la filosofía fue desplazada por un rol cada vez más conservador, por problemas puramente profesionales.

Ante la crítica, muchos epistemólogos se reorganizaron y trataron de ejercitar a un grupo de teóricos en el realismo y el empirismo; les hicieron ver la irrealidad de sus preocupaciones filosóficas. A partir de este punto crítico, los filósofos de las ciencias sociales comenzaron a triturar alegremente toda filosofía potable y aplaudieron cualquier avance científico por elemental que hubiera sido. Trataron de refugiarse en sistemas fuertes que sirvieran de apoyo y estuvieran fuera de toda crítica; sistemas, digámoslo así, sólidos, de consistencia indudable. La lógica formal cumple eficientemente este rol.

Los sistemas lógicos y toda su maquinaria matemática se ofrecieron como terribles armamentos de combate científico. Gente que nunca había tenido la menor formación filosófica, pero manejaba con destreza algunos sistemas lógicos y estructuras simbólicas de la lógica matemática, echó mano de algún diccionario de filosofía para bachilleres y se puso a escribir con la «nueva tónica». La charla siguió siendo el gran riesgo de la filosofía.

No faltaron, naturalmente, las editoriales que prepararan ardidés publicitarios, presentaciones oficiales, participaciones en concursos: enseguida vinieron las cátedras, los premios académicos, los homenajes, los laureles. Y la gente que escribe elogios, a tanto el centímetro de alabanzas.

## VIII. LA BUROCRATIZACIÓN DEL LENGUAJE

El científico de este siglo tiene que ser entendido como una totalidad humana. No es un sujeto de lentes que simplemente investiga y da razón de sus dichos. Es también un individuo que tiene una ideología política, que se enamora, que va al cine, que tiene manías, sensibilidades, ambiciones profanas y vanidades, todo lo cual también tiene que ver con su modo de investigar, pensar y estudiar. Todo este sistema de creencias, de aficiones y cordialidades influye decididamente en la visión que el científico tenga del mundo, justamente en los términos en que ese mundo lo dote de felicidad o de desdicha, de gratitud o de desesperanza, de júbilo o de escepticismo. Nunca las ideas estuvieron vacías de sangre.

El científico «objetivo» trata de comportarse como un objeto. Esto se ve claramente en el lenguaje que utiliza.

Galileo, que tenía una sensación casi física de la ciencia y que gozaba de ella como de una joven y hermosa mujer, escribía de modo vívido, colorido. No quería ocultar que era un hombre asombrado, entusiasmado y real que simplemente daba sus opiniones a otros iguales

a él. Véase por ejemplo este párrafo en el que Galileo relata nada menos que su primer contacto con el telescopio:

Hace aproximadamente diez meses me llegó la noticia de que un holandés había construido unos prismáticos con los que se conseguían ver con enorme precisión, como si se estuviera muy cerca, objetos que en realidad estaban muy lejos del ojo del observador. También se dieron a conocer algunos experimentos aceptados por unos, desmentidos por otros, que tenían que ver con este asombroso efecto. Días después, una carta de un noble francés, Jacques Badovere, confirmaba las noticias que yo ya tenía, lo que me indujo a lanzarme de lleno a las investigaciones de los medios con los que yo podría conseguir descubrir un instrumento parecido...

Obsérvese como todo comienza con una historia personal, con detalles de alternativas, una crónica pintoresca, encantadora: «me llegó la noticia», «se dieron a conocer algunos experimentos que tenían que ver», «me indujo a lanzarme de lleno», «yo podía conseguir descubrir». En ningún momento escribe en términos escogidos para asombrar con su genialidad. Cuenta entretelones, intimidades, como si fuera un ser humano.

El mismo lenguaje se advierte en los textos de Kepler. El científico, se siente «asombrado», «sorprendido», «encantado». Se dirige a los lectores de modo amigable, simple, contagiando todo su interés.

Pero con el tiempo el lenguaje científico fue burocratizándose, y los investigadores comenzaron a dirigirse a los lectores como si fueran sus enemigos, sus inevitables opositores a los que hay que humillar con párrafos insoportables de conceptos profesionalizados al extremo. La seriedad se confundió con un tecnicismo inútil.

Hace poco tuve contacto con un libro norteamericano sobre la función social de las ciencias sociales. Tomé ese libro porque toca problemas específicamente «humanos», para decirlo de alguna manera, tratándose de analizar cuestiones tales como la desaparición del individuo en la sociedad moderna, la función del grupo, las relaciones interpersonales, la paz, el antisemitismo, etcétera. Es decir, que no se trata de piedras, de prismas, de ácido muriático o de cría de

chinchillas, sino de cuestiones relativas a la condición humana y por lo tanto, de gran interés para la humanidad. Dice: «La realidad de personas pertinentes es vestigio en la inseguridad grave y en otros estados anímicos. Hay fenómenos interpersonales con personas esencialmente fantásticas. Las características de las personas reales se combinan en puntos de aguda artificialidad».

Ignoro si hay alguien que entienda esto; es previsible que resulte bastante complicado leerlo sin dolores en el buen sentido, bastante mal distribuido, aunque le pese a René Descartes. El texto, todo el texto, está lleno de gruñidos y puñaladas al sentido común. Son páginas enteras (más de quinientas) de atropellos a la buena lectura. Se trata de un típico científico profesional, instalado en su lenguaje artificial, que maneja con gran soltura, independientemente de su significado. U. Porksen<sup>5</sup> define esta jerga como «un lenguaje de fachadas»; conceptos descolgados que «trabajan» como las piezas de los decorados móviles.

Estos autores profesionalizados pueden escribir todo un libro –hay miles escritos– y no se sentirá en él ninguna voz, ningún sentimiento, ningún escritor, ningún previsible lector. No ha de haber nada humano en ese discurso, destilado hasta el infinito para que parezca, todo lo posible, un informe de Scotland Yard. Ni siquiera las palabras son agradables, que en general resultan escogidas entre las más profesionales.

Estos autores piensan generalmente que si se mantienen ocultos y lanzan a rodar un discurso como si una cinta anónima lo reprodujera, tendrán más posibilidades de ser objetivos. Viven así la fantasía de que ellos no son simplemente sujetos que exponen sus opiniones, sino que son importantes científicos que hablan en lenguaje técnico, se entienden entre ellos y dan a sus escritos el grato estilo de la guía de teléfonos de la ciudad de Nueva York (la que sin duda contiene

---

<sup>5</sup> «Von Pseudowissenschaftlichen Jargon», en **Neue Rundschau**, 1974.

mayor cantidad de verdades que la **Crítica de la razón pura**, lo que no significa que sea necesariamente más grato abundar en guías que en libros de Kant).

## **XI. CONCLUSIONES**

Hay cierta confusión entre la objetividad del científico, el rol del lenguaje, el uso de jergas especializadas, la función de los epistemólogos, la utilidad de la filosofía y problemas similares. Estas confusiones producen en la comunidad científica un clima de desorientación muy grande, que entorpece el camino de las ciencias y la posibilidad de la filosofía de seguir rumbos provechosos.

En la ciencia política se advierten no pocas estructuraciones típicamente burocráticas, que responden exclusivamente a la necesidad de construir abstracciones. Este procedimiento es, a veces, el correlato del deseo de los investigadores de firmar artículos y de hacerse de un historial, del afán de notoriedad que pudieren tener, o de su simple incapacidad.

La necesidad va postergándose en la misma medida en que se posterga la necesidad fenomenológica de ir a las cosas mismas.

Esto ha significado una mitificación de los conceptos que la ciencia política ofrece a la investigación.

Conceptos puros tales como los de Estado, gobierno, democracia, representación y muchos otros, se han instalado en la ciencia como verdaderas abstracciones que se repiten en las universidades con toda impunidad, se escriben en los tratados, y se enseñan con seriedad, independientemente de la realidad que esos conceptos contuvieren como conceptos que son.

Si un observador impersonal pudiera contemplar el funcionamiento real de una sociedad estatal en perspectiva, vería que la conducta

de un pequeño número de hombres determina la conducta de muchos otros. Sin explicaciones visibles, las decisiones de ciertos individuos son respetadas por lo general por otros. Y lo único que se ve es la conducta. Lo único que está ahí en la realidad, mostrando su consistencia y su modo de ser, es la conducta humana. Es el modo de la fenomenación de la persona.

Las abstracciones relativas a la existencia del Estado, por ejemplo, como centro de imputaciones normativas, como fuerza normativo-institucional, como imperativo categórico de la existencia de la sociedad estatal, como derecho, son teorías vacías sin posibilidad de justificación.

La burocratización de la ciencia política ha permitido que la mayoría de los conceptos de esa ciencia se abstraigan tanto de la sociedad estatal que las definiciones son sólo eso: definiciones.

Es imprescindible volver a la realidad de las cosas. En términos epistemológicos, hay que volver a la fenomenología y hacer fenomenología de la ciencia política; esto es así, tratando de ver el objeto como fenómeno objetivo. De otro modo, la irrealidad de la ciencia política la convertirá en un espejismo de sí misma.

Hoy resulta innegable que conceptos propiamente políticos como los de representación, soberanía, poder, individuo, derecho subjetivo, personalidad del Estado, y otras expresiones clásicas, han perdido sustento real en la misma medida en que la realidad científica de esos conceptos se ha perdido, haciendo de ellos mitos tradicionales que respetamos por su abolengo.

Si Husserl pudo resolver un problema similar en que se hallaban inmersas las ciencias en su época, fue porque tuvo la entereza y la audacia –además de la inteligencia– de dar un giro radical, de ejecutar un corte brusco en los tópicos científicos en uso. Su predicado retornó a la realidad, «a las cosas», dio un golpe de muerte a las teorizaciones vacías de la época.

¿Otro Husserl? No hay un Husserl para el final del siglo XX; tampoco es seguro que sea exactamente la solución. ¿Un retorno a la fenomenología? Puede ser, pero con algunos ajustes que fuera necesario hacer sobre sus presupuestos.

Un pacto de honor, mientras tanto, se está haciendo imprescindible entre científicos y epistemólogos: el de la seriedad. Hay que leer y escuchar con cuidado. El riesgo es un edulcorado canto de sirenas.